

PALABRAS DE JAIME TORRES BODET AL INAUGURAR
LA EXPOSICIÓN CONMEMORATIVA DE LA APARICIÓN
—EN 1918— DE SU LIBRO *FERVOR*

AGRADEZCO PROFUNDAMENTE a la Biblioteca Nacional, en la persona de su director, que tan amables frases acaba de pronunciar, así como a la Universidad Nacional Autónoma de México, de la cual depende esta biblioteca, la honra que me han dispensado al organizar una exposición en la que libros, retratos y documentos diversos fueron reunidos, como huellas de la vida de un hombre que —hace cincuenta años— publicó, en la ciudad de México, su primer volumen de versos, al que dio el título de *Fervor*. Y me felicito de que un amigo de siempre, Salvador Novo, haya hablado en el acto que hoy nos reúne. Testigo de muchas de mis actividades —y de no pocas de mis aspiraciones—, brillante y ágil, irónico y perspicaz, el Cronista de la Ciudad de México ha acumulado un gran caudal de conocimientos. Y, si algo ignorase, lo presentaría, como psicólogo, o lo inventaría, como poeta. Me alegra verle en la plenitud de una obra espléndida. Sus palabras despertaron, en mi conciencia, viva emoción.

Evoco todo lo hecho y todo lo visto desde la tarde de 1918 en que llevé a mi casa —tenía yo entonces dieciséis años— algunos ejemplares, recién impresos, del libro que ahora presenta a ustedes la Biblioteca Nacional. Y comprendo que diez lustros son un periodo breve para cualquier historia, pero largo para cualquier biografía. Durante ese lapso, aprendí, luché, me esforcé, sufrí. A las responsabilidades del escritor, quiso el destino que se añadiesen, en ocasiones las responsabilidades del hombre público. Y, en el retiro en que he encontrado quietud para redactar mis memorias de mis trabajos y de mis días, vuelvo el pensamiento hacia el estudiante, aprendiz de poeta, que compartía en 1918 lecturas y aspiraciones con jóvenes como Carlos Pellicer y José Gorostiza, o como Enrique González Rojo y Bernardo Ortiz de Montellano, estos últimos ya desaparecidos.

¡Cuánto ha cambiado todo a mi alrededor! Las escuelas en que estudié, la casa donde moraba con mi familia, las avenidas, calles y plazas de la capital... El ritmo de impaciente progreso de la República, los cauces por los que trata de avanzar el género humano, todo ha alcanzado —en su rápida evolución— un nivel tan distinto del que pude advertir en mi adolescencia, que me sorprende que hayan sobrevivido a tantos naufragios y a tantos adve-

nimientos, las hojas en que intenté manifestar, hace medio siglo, un poco de mi afán de supervivencia por la expresión.

A cincuenta años de distancia, no voy a juzgar aquí lo que fue ese libro. Pero me reconforta, como el testimonio de un presagio, el título que le di. Con fervor empecé mis andanzas de aficionado a las letras. Y quisiera que, al concluir las, las animase un igual fervor.

Amarillean los libros, pasan los años, se van los hombres. Y, ello no obstante, mientras sintamos fervor por cuanto soñamos y cuanto hacemos, quedará en nosotros fuerza bastante para agradecer a la vida su ofrenda augusta: la de esperar que no haya sido del todo inútil nuestra experiencia y animar a las nuevas generaciones en su esfuerzo por continuar construyendo un mundo más humano, más libre, más justo y más venturoso.

Señoras y señores: al acompañarme en estos momentos, me proporcionan ustedes un noble estímulo. Por el don de ese estímulo, deseo manifestarles mi reconocimiento efusivo y mi cordial amistad.

JAIME TORRES BODET